

**E.
HARO
TEGLEN**

Carter y Suárez, durante la anterior visita del presidente del Gobierno español a Washington, en la primavera de 1977. A este viaje corresponde también la foto de la portada de este número.



ESPAÑA EN LA GUERRA FRÍA

ESPAÑA consiguió permanecer neutral en las dos grandes guerras mundiales de este siglo; no parece fácil que consiguiera mantener una posición semejante en el caso de que sobreviniera una tercera guerra. Nuestra neutralidad tradicional se hipotecó en el momento en que se firmaron unos acuerdos militares y económicos con los Estados Unidos que incluían la utilización de bases en nuestro territorio. Se tiene la noción histórica de que los Tratados de 1953, establecidos ya a partir de las negociaciones bilaterales que se iniciaron en 1951 y renovados y ampliados después de cada plazo de expiración, sirvieron más al régimen que a la nación española, que son dos realidades distintas que conviene siempre distinguir. Para Franco y su clase se trataba sobre todo de sobrevivir en circunstancias adversas y de continuar manteniéndose en el poder dentro de un mundo establecido sobre una base ideológica distinta de la suya. El resquicio utilizado era el de la guerra fría planteada con la Unión Soviética, y la filosofía posibilista la del anticomunismo, fácil de situar, puesto que había servido ya de pretexto para la guerra civil y para la posguerra. Se basaba en la inexactitud de que Franco había combatido en España al comunismo, cuando la realidad es que el Partido Comunista era pequeño y débil en la España de 1936, y lo que se combatía era una República burguesa compuesta por un abanico de ideas democráticas mucho más amplias. A cambio, los Estados Unidos obtenían un gigantesco portaaviones llamado España, situado entre el Atlántico y el Mediterráneo, en una retaguardia de Europa que entonces no parecía fácilmente alcanzable por el enemigo supuesto, y en la puerta del África Occidental. Lo que se hipotecó entonces, hipotecado continúa. Esa es la circunstancia en que nos encontramos ahora, en el momento de la gran crisis mundial que podría ser el paso hacia una nueva guerra.

EL actual Gobierno, o la sucesión global del régimen que así hipotecó una cuestión de vida o muerte, no ha intentado siquiera, ni forma parte remota de su pensamiento, recuperar ese tipo de independencia. Ni siquiera los partidos de la oposición han presentado un frente de batalla sólido en esta cuestión: el neutralismo parece fuera de lugar político. En los años cincuenta, la URSS aparecía aún para los comunistas de Occidente, y para otros partidos de la izquierda en mucha menor medida, como una cierta esperanza. El tiempo posterior ha obliterado esa esperanza. La Unión Soviética ha ido apareciendo más y más como una gran potencia empeñada sobre todo en sus propios temas de supervivencia y de expansión: ha ido quedando desprovista de la antigua mitología de madre de los pueblos, de patria del proletariado, o incluso, como llegó a ser la frase consagrada, de paraíso del trabajador. Su vieja revolución ha quedado yerta, sus gobernantes se suceden por cooptación entre una clase de edad. Nadie quiere ya comprometerse en su favor —el Partido Comunista francés acaba de ser una excepción muy notable— y, sobre todo, nadie quiere ser en su propia patria víctima de la guerra fría. Se ha llegado fácilmente a la falsedad histórica de suponer que una negativa al atlantismo, o a la alianza directa con los Estados Unidos, es una posición pro soviética. Se ha simplificado demasiado el esquema de los dos bloques; se ha hecho ver, en estos medios de Occidente, que el neutralismo era una forma de ayuda solapada a la Unión Soviética.

NADIE puede suponer, por lo tanto, que el viaje relámpago del presidente Suárez a Washington, en un momento especialmente candente del mundo, pueda haber supuesto una afirmación de la neutralidad española: ni nada que se le parezca.

No se lo permite una alianza que ha heredado, ni su vocación política personal. Pero desearíamos todos esperar, por lo menos, que esta visita no fuera la afirmación de una solidaridad sin límites, sino más bien la reflexión de que España no desea estar en la guerra fría, y mucho menos en la otra. No va a ser fácil. El tono de la política internacional de Carter es el de exigir adhesiones: tiene facturas que pasar a muchos países, y las pasa.

ES, sin embargo, la hora de que todas las fuerzas políticas del país adviertan dónde está la verdadera conveniencia de España. En ningún caso está, la de España ni la de nadie, en una tercera guerra mundial. En cuanto a una guerra fría, la economía española y la tensión social de nuestro país no están en condiciones de pagarse una contracción de esa índole. Ni siquiera a cambio de un riego de dólares: que no vendría, porque vino en su momento y se dilapidó, y porque los Estados Unidos no tienen hoy tampoco dólares para regar a nadie.

UNA guerra fría supondría para España una alteración considerable en las formas políticas que apenas ha podido comenzar a ensayar. Ni siquiera países de vieja y experta democracia, como Francia, consiguieron mantener las premisas de la democracia en la guerra fría anterior. Mucho menos lo conseguiría España, con un fondo fascista demasiado latente, demasiado a la espera de cualquier situación conservadora para saltar con cualquier disfraz: Suárez y UCD mismas serían las primeras víctimas de esa situación.

El viaje del presidente Suárez a Estados Unidos ha causado una sorpresa en el país; y esa sorpresa no es agradable. No ha sido precedido de un debate de política exterior: la misma política exterior se está elaborando aisladamente en el palacio de la Moncloa y en el de Asuntos Exteriores, como en un circuito cerrado: no es una forma muy distinta de su elaboración en los tiempos del antiguo régimen, en la época en que se preparaban y finalmente firmaban los acuerdos con los Estados Unidos. Quizá en esos centros de decisión, tal vez en otros, esté preparada ya la adhesión a la OTAN, que haría irremediable el alineamiento de nuestro país, que quizá ya no tenga remedio.

En todo ello, la voluntad española está quedando al margen. No es cierto enteramente que los acontecimientos arrastren a los países, por lo menos hasta un cierto momento de la crisis. Hay siempre un margen de maniobra posible. Puede ocurrir que estemos todavía dentro de ese margen de maniobra.

La mayoría de la población española, por no decir la totalidad, no desea verse envuelta ni siquiera en la guerra fría. Es la misma mayoría que condena la invasión soviética del Afganistán, que no comparte el sistema revolucionario de Jomeini y que tiene una vocación de sistema de vida occidental, pero que desde luego no considera que la guerra en ninguno de sus aspectos sea una alternativa válida. Esa es la opinión con la que el presidente Suárez debe contar antes de dar ningún paso decisivo. Aunque las dificultades que pudieran plantearse como consecuencia de una posición de neutralidad o de distancia de la guerra fría pudieran ser duras, esa dureza se entendería siempre mejor, puesto que iría en el sentido de los intereses intrínsecamente nacionales, que la que pudiera producir un alineamiento ante circunstancias que no influyen inmediatamente en la vida nacional, y cuyo desenlace, en cualquier sentido, favorecería siempre a otros. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

COSAS DE NIÑOS

TODAVIA se emite de cuando en cuando la idea de que España está causando asombro al mundo por la forma en que realiza su transición. La frase ya suena mal. Aunque la haya repetido ahora el canciller Schmidt: debe figurar en el breviario de nuestros visitantes. "Diga usted —les dicen sus asesores antes de empezar el viaje— que están dando un ejemplo al mundo, y verá qué contentos se ponen". Cosas de niños. Hace tiempo que queremos ser los niños buenos de la clase internacional, y que el maestro nos ponga como ejemplo a imitar. Parece que, en efecto, fuimos un poco los niños prodigios que en los primeros momentos de la transición lo acogimos todo con educación y buenas formas, sin pegarnos con los otros niños.

Se sabe que los niños prodigios suelen ser unos adolescentes mediocres y unos adultos frustrados, salvo Mozart. Nosotros nos pusimos el traje de terciopelo y el cuello de encaje del pequeño concertista maravilloso, frecuentábamos los mejores salones y nos decían que parecía mentira, con un padre tan paleta como Franco y una madre tan revolucionaria como Dolores Ibarruri, hubiéramos salido tan modosos y tan listos. Poco después, el trajecito se embarró en las peleas callejeras, y el cuello se desencajó. Pero queremos seguir vestiditos de concierto, queremos que nos hagan grandes elogios. Y nos vamos a ver a Carter para decirle lo feo que está que el niño Brejnev haga lo que ha hecho en el Afganistán, o que el niño Jomeini sea tan revoltoso. Y recibimos a Schmidt para explicarle que somos mejores que los otros niños en cuanto a reducción del gasto público y lucha contra la inflación.

Lo que parece curioso es que el maestro Schmidt no vea la inflación que ven los ojos corrientes, o que el maestro Carter no vea lo mal barrida que tenemos nuestra casa cuando le enseñamos otras sin barrer. Quizá estén aplicando la regla pedagógica moderna que consiste en decirle al niño discol y perezoso que es realmente admirable: dicen que de esa forma se consigue la verdadera aplicación del niño, aunque haya quien asegure que en la realidad no se vio nunca cosa tal.

Lo malo es que no nos conformemos con ser unos niños como los demás, y queramos ser los pequeños concertistas. Nuestra sonatina suena desafinada. Los claxons de los taxistas, las sirenas de los pesqueros, los disparos de Vitoria, las metralletas en la madrugada, las voces de los Consejos de Ministros, están formando una cacofonía espantosa en el concierto que queremos dar en los salones del mundo.

Convendría abandonar la mentalización de niños buenos, de niños prodigios. Menos ejemplos al mundo, y más aplicación en la clase de cada día. Menos traje de terciopelo, y más camisa remangada y brazos al trabajo. Dejémosle la calidad de ejemplo a Sa Carneiro, y que se las arregle como pueda. Lo que queremos es ser niños normales. ■

POZUELO